

# ¿Una Sociología (postmoderna) del miedo?

Rafael VIDAL JIMÉNEZ

Universidad de Sevilla

«En el mundo insólito que es el nuestro, los conjuntos de individuos que viven en la dispersión una condición común -Sartre llama “serie” a esos conjuntos se comportan de un modo que les hace enemigos unos de otros y, por ende, enemigos de sí mismos»

(Simone de Beauvoir)

Recibido: 14 de Enero de 2009

Aceptado: 2 de Marzo de 2009

## RESUMEN

Este ensayo pretende ser una reflexión epistemológica y ético-política sobre el papel emplazante y disciplinante del Miedo al “Otro” y lo “Otro”, emergentes en la misma constitución binaria y hegemónica de un Sí Mismo, cuya fantasmagórica e hiperreal existencia pende del hilo de los mecanismos reactivos que el propio desprecio de dicha(s) alteridad(es) desencadena.

**Palabras clave:** Miedo, Sociología, Sociedad, Lineamientos

## A (postmodern) sociology of fear?

### ABSTRACT

This essay aims to be an epistemological reflection and ethical politics about the role of the Fear to the other, emerging in the same binary and hegemonic constitution of a oneself, whose phantasmagoric and hyper-real existence hangs of the reactive mechanisms that the disdain trigger about the otherness.

**Key words:** Fear, Sociology, Society, Guidelines

**SUMARIO** 1. Miedo y crisis (post)-Democrática. 2. La construcción del enemigo como necesidad histórica. 3. El miedo como amenaza de las diferencias. 4. El Miedo como radical interpretativo de la realidad “construida”. 5. El Miedo y la nueva Agenda Sociológica. 6. Bibliografía.

## 1. MIEDO Y CRISIS (POST)-DEMOCRÁTICA<sup>1</sup>

El Miedo comporta hoy una nueva forma de *estar-en-el-mundo* en el horizonte de la (contingente) *ruptura histórica* (des)-materializada en el Aparato Imperial de una (descentrada y desterritorializada) Soberanía Capitalista, correspondiente a un desconocido, hasta ahora, juego de flujos cambiantes, y con el despliegue variable de fronteras abiertas y expansivas que no saben de límites. Apunto hacia “el manejo” de identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales por medio de redes moduladoras de comando [Hardt y Negri, 2005: 5].

El Miedo se presenta aquí como el dinamizador fundamental de ese nuevo (Des)-Orden mundial, de ese Dispositivo Global (Meta)-Disciplinario (o de Control) que podemos identificar con el plano (isotópico) de inmanencia donde –en la misma desaparición de los límites sociales tradicionales de las sociedades modernas– los intereses del Capital Omnipotente operan al margen de cualquier centro transcendente de poder como campo universal de fuerzas –diferenciales y asimétricas–, inherentes al mismo dominio en que se inscriben [Foucault, 1992]. En síntesis, el Miedo será considerado aquí como el *principio de gestión* de las nuevas segmentaciones, clasificaciones y desigualdades generadas por las prácticas discursivas hegemónicas de las nuevas élites (impersonales e invisibles) informacionales, dominadoras de los aparatos (negociadores) de transmisión de complejidad reducida [Luhmann, 1995]. Ello, en la misma medida en que el ejercicio *relacional* del Poder implica la constante normalización de la desviación: la imposición (persuasiva) de modelos conductuales encaminados hacia la orientación y modificación de la libertad de acción de los agentes sociales involucrados en ese juego *en –y no frente a–* el que *emergen* como tales.

Me sitúo, por tanto, en el contexto de crisis post-democrática de todas las referencias y representaciones sobre las que se apoyó la Ilusión moderna. Hablo desde el final de todo un proyecto de civilización “occidentalista” y “occidentalizante”, concretado en esa doble muerte de Dios y el Hombre en que desemboca el nihilismo -la desvalorización sin retorno de todos los valores supraordinales- como fase misma de la Historia de Occidente: la culminación del olvido metafísico de la (diferencia) del ser en la imposibilidad -después de Auschwitz- de la búsqueda y el encuentro de su origen, allí donde sólo hay simulacros, «copias de copias» [Silva, 2005: 11].

El fin de la “Guerra Fría” no supuso la mera victoria (“finihistórica”) de la Democracia Capitalista sobre el Comunismo Soviético y cualquier otra alternativa al Proyecto Ilustrado [Fuluyama, 1990]. Significó, ante todo, la destrucción (¿inesperada?) de la estructura de legitimación sobre la que descansaba el imaginario democrático, sobre la que pivotaban los postulados y las instituciones de un sistema económico-social y político definido (negativamente) en función de esas imágenes (prefabricadas) de enemigo que lo dotaban de credibilidad y confianza social. Sobre todo, cuando, hacia el último tercio del siglo XX, se ponía claramente de manifiesto que las promesas de Libertad, Igualdad y Bienestar social eran totalmente extraños a la doble lógica de expansión hegemónica e innovación destructiva de un Capitalismo que comenzaba a pasar de la fase “imperialista” e internacionalista –específicamente contemporánea– a esa nueva fase de hegemonía

postestatal y transterritorial propia de la (envolvente) Sociedad de Redes. Me refiero al “informacionalismo” como nueva forma de desarrollo de la Economía de Mercado, cuya principal fuente de productividad la representan las tecnologías de generación de conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos, dentro de un circuito de retroalimentación (auto)-sostenida entre la misma innovación y su uso [Castells, 1997]. Más en concreto, me hago cargo del despliegue tecnológico recursivo –los efectos retroactúan sobre las causas- de un nuevo “capitalismo del miedo” caracterizado por «la progresiva fusión entre el miedo al enemigo y la desconfianza hacia el ciudadano, entre lo militar y lo policial...» [Duclos, 2005: 19].

Desde entonces -en consistencia con esa “sociedad del riesgo” que ha sido estudiada como (Meta)-Estructura social (relacional) basada en la generación sistémica de todos aquéllos peligros que el mismo Sistema se encuentra en condiciones de conjurar [Beck, 2001.]-, la búsqueda desesperada de riesgos (sanitarios, medioambientales, económicos, y, más que nada, terroristas, etc.), la identificación de una/s amenaza/s, de un/os enemigo/s, con los que apenas se consigue legitimar nuestra actual *postdemocracia*, constituye: 1. Un (no)-principio de *legitimidad* de la “exclusión” ejercida en nombre del falso discurso de la *seguridad* que la garantiza. 2. Un mecanismo de control de la población crecientemente paralizada y subyugada por el *Miedo*. 3. Una fuente de auto-reproducción del Capital Global mediante el lucrativo *negocio* de la vigilancia, de la seguridad y de la guerra, en que esto desemboca. Por todo ello, se habla de los “negocios del miedo”, de la expansión exponencial –en un mundo donde, de forma aproximada, el 80 % de la población tan sólo consume el 15% del Producto Total Mundial– de un “ejército mundial de la seguridad” que responde al descubrimiento, por parte de las instituciones y las empresas, de que la administración del terror representa un abundante yacimiento de poder, control y beneficio económico [Duclos, 2005].

## 2. LA CONSTRUCCIÓN DEL ENEMIGO COMO “NECESIDAD” HISTÓRICA

Estimo que nos encontramos en una re-actualización histórica de la forma en que el Estado moderno se constituyó entre los siglos XVI y XVIII –arrogándose el monopolio del ejercicio legítimo de la violencia física- a partir de una especie de *protocomplejo* industrial militar. Éste exigía el destino mayoritario de los impuestos a la “defensa” de los súbditos, acrecentando el poder de las élites “armadas” estamentales sobre esas masas populares obligadas (punitivamente) a soportar el Sistema con el esfuerzo de su nunca compensado trabajo. Se trata, en la práctica, de la misma lógica de ¿desarrollo? perfeccionada –y llevada hasta sus últimas consecuencias “imperialistas”– con la política bipolar de la “Guerra Fría”, interpretable entre las realidades coactivas y fantasías distorsionadoras del enemigo comunista [Chomsky, 1992]; y centrada en la canalización de la mayor parte de los presupuestos estatales hacia la cobertura sistematizada (y bien regulada) de las inversiones en material armamentístico, aeronáutica, y tecnologías electrónicas, y

telemáticas de la vigilancia, en general: proteccionismo económico para los ricos y poderosos. Lo cual sólo es posible gracias a la radical reducción del gasto público en educación, sanidad y resto de prestaciones sociales: liberalismo salvaje para las masas empobrecidas [Chomsky, 1996]. De ahí, la tradicional explotación de los réditos simbólicos derivados de la penetración en las conciencias de los mitos de la “Seguridad Nacional” y la “Paz Mundial”, hoy, reforzada por alusión constante a las “lecciones del 11 de septiembre”, como hiciera el portavoz de la *Verdad*, George W. Bush, en su “reconfortante” discurso del martes 28 de junio de 2005.

Ahora estamos ante la sistemática re-apropiación de ese/os rival(es) estratégico(s) sobre los que se había cimentado el sistema económico occidental, liderado por los gobiernos y grupos de presión estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial [Clemons, 2002]. Esta política, reorganizada –en una acepción no-estructural– *en red*, adquiere hoy una multidimensionalidad transnacional, acorde con el modo de operar del *Capitalismo (des-localizado) del Miedo*. Pero su fortaleza ideológica estriba en que, en esta nueva fase de acción totalizadora del Mercado –con la consiguiente usurpación (subpolítica) absoluta de lo público por lo privado, y la disolución de la distinción dentro-fuera–, nos hallamos ante la lectura unilateral de los intereses particulares como objetivos “nacionales”, allí donde la nación ha quedado reducida al espejismo de una comunidad homogénea cuya presunta integridad consiste en la distinción fundadora amigo-enemigo *exterior* [Schmitt, 2002]. A ello hay que añadir los riesgos coadyuvantes representados por ese hostil “vulgo” *interior*, mediáticamente despreciado y deformado en el nuevo paradigma del *Periodismo del Terror*. Como atestiguaba hace unos días Achour Bouteldja, en relación con los enfrentamientos acaecidos entre los “aparatos de seguridad”, y por la marginada y demonizada población de los “banlieues” (suburbios) parisinos:

«los jóvenes son estigmatizados y caricaturizados hasta convertirlos en carne de cañón con la que alimentar el odio al extranjero. Vivir en los es ser un paria social (en el corazón de Europa). Existen folletos turísticos que desaconsejan estas zonas [...] la obsesión de la seguridad es tal que pronto las cárceles serán un anexo de la escuela primaria. Los centros educativos de nuestras ciudades se asemeja, cada vez, más a las prisiones: barreras, rejas, y un vigilante que te solicita la cartilla de identificación escolar. Cada vez más recintos de seguridad, cada vez menos profesores y profesoras, cada vez menos medios, cada vez menos plazas [...] Desde los enclaves de Melilla a las fronteras e las banlieues; desde los Sangay (centros de detención para inmigrantes sin documentación) hasta la expulsión de los sans papiers, Sarko, ayudado por la prensa y las cadenas televisivas, ha definido claramente cuáles son los límites de la divisa “liberté, égalité, fraternité”: el toque de queda» [Bouteldja, 2005].

Fontana nos recuerda que «el pánico de los de arriba ha ido siempre mucho más allá que las intenciones revolucionarias de los de abajo [...] El pobre urbano ha reemplazado en el siglo XX al rústico como ejemplo de barbarie y como amenaza: una amenaza más temible por ser más próxima» [Fontana, 2000: 144-145]. Estamos, pues, ante una estrategia global de reciclaje (ideológico-político y económico) de la víctimas de la salvaje explotación info-capitalista en amenazas aterradoras, en coherencia con esa necesaria tensión entre el sometimiento y la aniquila-

ción del “Otro”, de una parte, y la necesaria reproducción estratégica de ese “otro-enemigo” como mecanismo de normalización y reproducción (autopoiética) de ese MetaSistema (Disciplinario) de Redes. De ahí que Emilio Lledó argumente que «basta con visitar los hospitales de Bagdad de la mano de algún médico de frontera, pero con piedad, para comprender la otra forma de terrorismo, que sirve, paradójicamente, para alimentar el terrorismo de los desesperados, de los obnubilados, de los fanáticos. Por supuesto, no más obnubilados y fanáticos que los pontífices del “eje del Bien” [Lledó, 2005: 15].

La gran implosión (transmoderna) del Sentido, esta crisis (brutalizadora) de legitimación de los valores y de las instituciones democráticas –en el fin (postnacional) del “Estado de Bienestar”– deviene, por consiguiente en la sustitución del discurso (moderno/progresista) de la *Libertad*, la *Igualdad*, la *Justicia*, el *Bienestar* y la *Verdad* por el discurso (post-moderno/reaccionario) de la (falsa) *Seguridad* y de la (efectiva y disciplinante) *Vigilancia* multipanóptica. Una vigilancia tan inmanente como descentralizada diferencialmente, en la supresión (postmoderna) de los adentros-afueras. Repárese en que, tras los (no)-acontecimientos del 11 de septiembre –(no)-acontecimientos por la modelización, estetización y acomodación a una estructura narrativa previa que *anticipa* lo que, en la práctica, nunca llega a tener lugar [Baudrillard, 2001]–, el argumento principal del discurso político electoralista lo constituye la insistente (y casi exclusiva) referencia a los problemas de inseguridad y delincuencia, como se ha puesto de manifiesto en la reciente campaña presidencial chilena.

En su particular ajuste de cuentas al papel jugado por el diario “El Mercurio” –en la persona de su director Agustín Edwards– como consejero y soporte principal de los Poderes Públicos y del Estado, sin olvidar su directa implicación en el golpe del 11 de septiembre de 1973, Armando Uribe aporta información de primera mano en lo tocante al ascenso de figuras políticas actuales como Joaquín Lavín, o la señora Alvear, ministra de la mujer, de justicia y de relaciones exteriores, sucesivamente. Pues bien, el éxito personal de ésta última ha estado íntimamente ligado al papel jugado por la “Fundación Paz Ciudadana”, punta de lanza de una reforma judicial que, en la práctica, no viene si no a reproducir, en versión chilena, el viejo lema conservador norteamericano de “ley y orden” contra el crimen. No hace falta insistir en la pirueta neolingüística orwelliana –la guerra es la paz; la libertad es la esclavitud; la ignorancia es la fuerza– que subyace en estas políticas a las que:

«no le interesan las causas mediatas sociales de la criminalidad. (A pesar de que la Iglesia continúa la válida doctrina del “pecado social”.) Paz Ciudadana se ocupa casi exclusivamente de los delitos de persona a persona y, muy decidor, a la propiedad individual, físicamente cometidos, o sea mayoritariamente obra de los “bajos estratos”, y muy poco respecto a los delitos que aún son llamados “de cuello y corbata”, los económicos y financieros cometidos por personas y sociedades con capitales. Y nunca de las infracciones del más alto monto, de inversionistas extranjeros multinacionales» [Uribe, 2002: 64-65].

Así es cómo los Medios contribuyen decisivamente a criminalizar a las víctimas de la misma explotación en nombre de la Seguridad y la Paz universales. Insisto en

el carácter intransitivo y antimediador de los (no)-acontecimientos mediáticos porque, como ya se comprobó en el Conflicto del Golfo de 1990-1991, «para el casi siempre ingenuo y sentimental público de las *democracias* industriales de Occidente, la conflagración fue *cosa de los medios*, que redactaron el guión y dispusieron la puesta en escena. Por obra y gracia de la sagrada industria de la comunicación, pudimos al fin constatar que todo aquello que pensamos resultó terriblemente cierto» [Chillón y Gómez, 1991: 30].

Nunca tuvo aquello más vigencia como en nuestros días. En estas condiciones - desde los cada vez más férreos *confinamientos mediáticos* con los que nuestro mundo “aterrorizado”, diría el mencionado Lledó (2005), ha quedado reducido a una Fábula de sí mismo, a un Gran Simulacro que sólo remite a sí en el (hiperreal) fingimiento de lo que no es-, lo que singulariza nuestra actual (*pos*)-*democracia*, esa “democracia estadística” o “democracia totalitaria”, evocando dos atinadas expresiones de Eugenio Trias [Vázquez Montalbán, 1991], es el proceso de generalización y universalización de la figura del *extraño*, complementario a la confusión de las identidades allí donde los límites ya no contienen, ya no limitan [Beck, 2000]. Lo decisivo es que los nuevos *sujetos informacionales* ya no con-viven, sólo co-existen, sólo viven con extraños, con *rarezas* ajenas, atemorizantes y “monstruosas”, incluyendo la nueva amenaza, vislumbrada por Hitchcock en 1963, de esos contaminados y desquiciados pájaros que -ésta vez, en sucio contubernio con las redes del terrorismo internacional- anuncian el enésimo Apocalipsis Universal, en la larga cuenta del rancio milenarismo cristiano, etnicista y patriarcal.

En una sociedad tan amnésica como la nuestra, los medios de comunicación masiva se encargan diariamente de hacernos olvidar, de sustraernos de la memoria -ética y políticamente- responsable; pero también de recordar al ciudadano de a pie que el riesgo inminente acecha por doquier. En la edición del día 21 de febrero de 2006, la portada del diario gratuito “Qué!”, de enorme tirada nacional en España, situaba en primera plana estas dos noticias. La primera -acompañada de la reproducción de la archiconocida imagen (hiperreal) del espectral cerebro de la no menos fantasmal organización Al-Qaeda, sentado y ataviado con turbante, y casaca militar- destacaba que, «Bin Laden reaparece» y que «amenaza con más acciones en Estados Unidos». Lo irrisorio, en verdad, es que se le acaba atribuyendo esa frase que no admite otra interpretación deconstructiva que esa naturaleza quimérica e intangible del personaje en cuestión: «“Nadie me cogerá vivo”. “Juré que únicamente viviría siendo libre”».

Bajo esa noticia, la portada se completaba con otro gran titular -«Que se muera el canario no es gripe aviar»-, antecedido de un antetítulo donde se daba cuenta de que «se disparan las llamadas de alarma de los ciudadanos pero...». Ante ello, no parece haber otra reacción caricaturesca del tema como la mostrada por el prestigioso humorista gráfico de *El País*, “El Roto”, en el número del día 17 del mismo mes.



El Roto. *El País*, 17-02-2006

### 3. EL MIEDO COMO AMENAZA DE LAS DIFERENCIAS

Lo peor es que los peligros preelaborados -de comida y digestión rápida-, o inducidos, se diseminan y esparcen por todas partes, y en todas direcciones, de tal modo que nunca son controlables por los ingenieros del Terror. En las fronteras móviles del *Capitalismo (disciplinario) de Redes*, cambia, se desplaza y (des)-emplaza -de manera permanente- la categoría y el estatuto de extraño, del inminentemente enemigo, en esa guerra de todos contra todos en la que el fenómeno “prefabricado” del terrorismo adquiere un auténtico carácter viral:

«Hay una diseminación mundial del terrorismo, que es como la sombra de todos sistema de dominación, en todas partes pronta a despertar como un agente doble. Ya no hay línea de demarcación que permita filtrarlo, está en el corazón mismo de esta cultura que lo combate, y la fractura visible (y el odio) que a nivel mundial opone al mundo occidental los explotados y los sub-desarrollados alcanza secretamente la fractura que serpentea al interior del sistema dominante» [Baudrillard, 2005].

Lo que realmente se está generalizando -a la hora de entender las particularidades de nuestro “aquí” y “ahora” histórico- es la difusión planetaria de una nueva *Cultura (global) del Miedo* [Vidal, 2005] en la que la estimulación (negociada) del temor al “Otro” y lo “Otro” -como base del aparato ideológico del “Capitalismo

(Disciplinario) de Redes (y de Control)—obedece a la construcción negociada de contraimágenes negativas del sí-mismo como factor moral y político de integración, normalización, y consenso social en la tradición dicotómica occidental: la construcción histórica de una “identidad europea” desde los espejos deformantes del otro” como *bárbaro, hereje, infiel, rústico inculto, salvaje, oriental, primitivo*, etc. No se olvide que la Historia Universal -recuerdo que occidental, patriarcal, cristiana y racista- no es más que una auténtica “galería de espejos deformantes”, una ordenada sucesión unilineal (preconcebida) de “enemigos” (contracivilizatorios), representados en cada época histórica como encarnaciones variables del Diablo, del Mal absoluto. Una fase importante del desarrollo de ese etnocentrismo totalitario nos la trae Josep Fontana en relación con esa autodefinición *emergente* —añado yo— del sí mismo europeo a través de la mirada en el espejo de los “otros” que la conquista de Ultramar propiciaría entre los siglos XVI y XVII:

«el nuevo término de referencia sobre el que se ha elaborado esta imagen es el de la naturaleza inferior de los no europeos; pero el espejo al que se han mirado para definirse tiene una doble cara. En una de ellas se “ven” las diferencias de raza y muestra el rostro del “salvaje”; en la otra, fundamentada en una visión eurocéntrica de la historia, se ve el del “primitivo”: Del primero han surgido el genocidio y la trata de esclavos; del segundo, el imperialismo» [Fontana, 2000: 107].

Es por eso que el mismo autor haga derivar la utopía igualitaria, que, al menos en parte, inspiró el avance colonizador europeo hacia el oeste, en afán imperialista y en la convicción de superioridad racial y ético-política, que no han servido sino para legitimar el aniquilamiento de los “salvajes malvados”, desde la masacre de los sioux en Wounded Knee hacia 1890 hasta Irak y Somalia, pasando por el linchamiento cotidiano del afroamericano, en cifras que se calculan de uno por semana entre 1882 y 1930. En efecto, la Historia (con mayúsculas) -ese gran Metarrelato épico y opresor, precursor de una progresiva disolución de lo negativo a favor de la imposición de un Sujeto Universal anunciado en la *parusía* final del Mercado como el máximo grado de conciliación de la Humanidad consigo misma- es la historia de la persecución de las diferencias; de la neutralización del disenso, del control del azar del discurso-otro [Foucault, 1999]; de la normalización de cualquier tipo de transgresión con respecto a unos (*des*)-órdenes sociales habilitados y dinamizados por esa misma persecución, al “interior” de un círculo de retroalimentación constante entre la represión, a un lado, y la reproducción de las figuras (productivas) del enemigo, al otro. En resumen, la interpretación de lo “diverso”, lo “múltiple” y lo “diferente” como inferioridad, y de lo inferior como amenaza contra la conservación de la superioridad (y la consecuente dominación) así justificadas.

Con semejantes mimbres históricos, en este nuevo (*sub*)-mundo global de redes disciplinarias (en continua dilatación transterritorial), la inseguridad y la desconfianza que produce esa diferencia y multiplicidad indisoluble en una Identidad ya imposible convierte el odio en un sentimiento afirmativo-reactivo de base -comple-

mentario al propio miedo-, localizado por Ignacio Echevarría en esos momentos históricos modernos en los que lo decisivo es:

«la angustia provocada por la súbita revelación de que el entorno que se sentía propio –el tejido de las relaciones humanas que amparaba y reforzaba el sentimiento de sí mismo que el individuo tenía- ha adquirido una consistencia hostil. El odio surge aquí como reacción frente al aislamiento de la propia identidad, frente a su soledad, arrancada como ha sido de su pertenencia a un orden más o menos confortable. El rechazo de la multitud, conforme a esto, sería un sentimiento dominado por la extrañeza y la alteridad» [Echevarría, 2002: 90].

Es por ello que, más allá del rechazo oficial a las manifestaciones más extremas del racismo primario que hay en toda Cultura del Miedo, ese nuevo “racismo sin razas”, ese nuevo “etnicismo” (categorizador y segmentador), que sigue presumiendo la superioridad occidental sobre lo no-occidental, continúe circulando, de forma, retroactiva, entre las cúpulas académicas, políticas, mediáticas, “disciplinantes” etc., de una parte, y las masas “disciplinadas”, de otra [van Dijk, 2003]. Sin ser consciente, o quizá, sin querer admitir el modo en que configura nuestra visión particular de lo “Otro”, y por tanto, de lo que creemos ser, lo definitorio no es que dichas actitudes despreciativas de una alteridad construida en ese mismo desprecio falsamente autoafirmativo carezcan hoy de fundamentos científicos explícitos. Como en el “1984” de Orwell, *doblepensamos*, aplicamos un régimen mental de doble “rasero”, el cual moldeamos en función de nuestros intereses concretos, y de los contextos específicos de interacción donde nos encontremos. En realidad, «todos sabemos que no nos creemos lo que decimos creer. El círculo del reconocimiento es el inverso al supuestamente auténtico: yo sé que él sabe que yo sé, pero hago como que no sé que sabe que lo sé» [Sádaba, 1984: 304]. Mientras “miramos” hacia otra parte, lo que alimenta ese racismo constituyente son esos temores inconfesados (e “inconfesables”), ese «miedo irracional al “otro”» [Fontana, 2000: 119].

#### 4. EL MIEDO COMO RADICAL INTERPRETATIVO DE LA REALIDAD “CONSTRUIDA”

Más allá de ser un mecanismo natural de defensa física y psíquica del ser humano con respecto a peligros reales o potenciales, el miedo siempre ha representado un factor estructurante de las sociedades humanas, de enorme ductilidad manipuladora. En principio, porque su presencia primaria en el inconsciente constituyente de la ilusión (freudiana) del “yo” marcan la vida en todas sus etapas psico-evolutivas. No se pueden olvidar los “antiguos” miedos, cuando, como mucho, tan sólo se les pueden reprimir. Pero, ¿qué ocurren cuando se ponen en marcha mecanismos de activación (mediada) de los terrores latentes? «El miedo –aclara Pablo E. Chacón– puede ser la sombra, el espectro y la defensa del alma humana. La graduación varía; es habitualmente resorte útil para la ejecución de una pulsión de

supervivencia (que puede no estar), y otras veces tortura permanentemente para la existencia» [Chacón, 2004: 90].

Por ello ha sido en la práctica un argumento infalible de dominación en tanto legitimador de una autoridad ejercida desde el déficit fundamental de desconfianza entre los que los que la detentan y sobre los que recaen dichos procesos de determinación de la acción selectiva (en el marco de unas relaciones de poder diferenciales). Ideológicamente, las amenazas –tanto construidas como provocadas por los centros de decisión dominantes– evocan aquéllos demonios y fantasmas (intra)-psíquicos que alimentan, que dan vida, a esas “estructuras antropológicas del imaginario” [Durand, 2005], las cuales sólo los mismos procesos de interacción cultural (trans)-psíquicas recrean y reconducen en las direcciones que los discursos hegemónicos consiguen marcar. En nuestro caso actual, el Miedo al “Otro” y lo “Otro” se ha convertido en el eje de una nueva filosofía política que define las “relaciones (microfísicas y capilares) de *biopoder* en términos de la capacidad para localizar y (des)-localizar, de manera permanente, amenazas y enemigos *necesarios* no sólo contra la propia integridad física de los domeñados por dichas prácticas discursivas del Miedo, sino contra las presuntas ventajas materiales y simbólicas de la falacia consumista.

Pienso que nos encontramos ante la propagación planetaria de una “neurosis del miedo”, de naturaleza viral, repito, y, por consiguiente, altamente contagiosa. Esto, al tiempo que la falsa idea de la inevitabilidad del propio miedo como reacción natural sirve de coartada para el desarrollo de nuevas actitudes heterofóbicas, es decir, de temor a la diferencia, paralelas al sostenimiento de un estado permanente de “alerta insomne” ante los demás y lo demás. De hecho, como recalca Chacón, basándose en la obra del psicoanalista Mario Levin, «al revés de la identificación con los otros, la soledad del miedo puede producir en el momento de mayor paroxismo el deseo de que aquello que se teme llegue para detener ese estado de premonición ante lo inevitable, que en el caso de producirse en absoluto excluye –paradójicamente– acciones más o menos coherentes» [Chacón, 2004: 98]. El miedo es quizá hoy más que nunca la base de las “profecías autocumplidas” en las que basamos nuestra presente tendencia al aislamiento insolidario y atomizador: el fin (informacionalista) de lo social.

El auténtico poder subyugante del Miedo está en su capacidad “profética” y autoconfirmadora, en su predisposición esencial a la actualización permanente de las virtualidades a las que remite, en la anticipación sistemática de los “objetos” potenciales desde los que se retroalimenta. El Miedo –en su dimensión obsesiva-compulsiva, cuando no paranoica– está inevitablemente abocado a temer, a racionalizar su irracionalidad constitutiva, a modelizar y acomodar cualquier evento a sus premisas. Ahí opera el argumento ideológicos de las “guerras preventivas” como supuesto ejercicio de la justicia sobre el futuro infractor –antes de que su presumido acto delictivo tenga realmente lugar– a cambio de cobrar estatus “real” en el espacio *espectacular* [Debord, 2002] de la simulación informativa. En una sociedad (anti)-mediada por las imágenes *hiperreales*, esto cobra una dimensión excepcional en las incitaciones, y en las focalizaciones (embaucadoras) de una atención *desatenta*, sobre-dimensionalizando las realidades criminales en la misma

medida en que se ocultan (*espectacularmente*) los verdaderos males y sufrimientos de esa “humanidad sobrante”, reutilizada como supuesta amenaza para el nuevo habitante de un mundo “aterrorizado”, ese en el que «hemos llegado a asumir que no hay otro remedio que resignarse a la presunción de culpabilidad de todo ser humano» [Lledó, 2005: 15].]

En esta condiciones (*des*)-emplazantes de la nueva *Sociología (postmoderna) del Miedo* que parece singularizar nuestro mundo-simulacro, destaca, pues, el ya sugerido tema de la criminalización de las víctimas, unido al de la victimización de los dominadores y exterminadores, que se encuentra muy arraigado en la épica colonialista americana, en esa literatura del “far west” en la que se le asignaba al piel-roja «el papel de malvado que mataba a los colonos y les arrancaba las cabelleras (aunque lo de las cabelleras fuese una invención “blanca” para facilitar el pago por cabeza a los cazadores de indios)» [Fontana, 2000: 112]. En realidad, estamos ante la “culpabilización” sojuzgadora tanto del temido como del temeroso. En relación con la reciente guerra contra Irak, Richard Falk aduce que:

«mirando objetivamente los hechos, sobre todo a la luz de las duras obligaciones impuestas a Irak luego de la guerra de 1990-1991, y de las terribles sanciones que continúan en vigor desde hace más de una década, se podría afirmar que Irak, más que un país amenazante, es un país “amenazado” [...] el trato, mortífero para los civiles, inflingido a Irak luego de la Guerra del Golfo, deja ver claramente que Occidente está dispuesto a imponer una paz punitiva a países del Tercer Mundo, sobre todo si se trata de un país musulmán, y hasta es capaz de dar un apariencia de legitimidad a esas medidas de odio, haciendo que la ONU las vote» [Falk, 2003: 33-34].

Bueno, quizá esto último fuera así en el pasado, pero ahora se rehúsan incluso las falsas y deshonestas legitimidades como las que representaron en su momento las disposiciones de la ONU como institución histórica que nunca fue más allá de su propia autosimulación pantomímica. En este estar-en-el-mundo, es decir, en este *estar-en-la-guerra* como nueva condición existencial –en el que tan sólo impera la ley del más fuerte como la única política posible (del Miedo)– se prescinde impunemente de cualquier suerte de legitimación jurídico-política. Basta con la autoafirmación (impositiva) moral (militarmente arropada) del Bien contra el Mal. La nueva administración postdemocrática del Miedo parece encontrarse en ese punto de (no)-retorno *hobbessiano* que nos emplaza en la “guerra perpetua” [Ramonet, 2003]; y en la necesidad de un nuevo pacto social basado en la cesión (consensuada) de las libertades democráticas –en la práctica jurídica, auténticamente derogadas– a cambio de los nuevos vínculos de *protección-obediencia* a los que nos impele el transfronterizo Leviatán Tecnocrático. Y es que, por desgracia, «la guerra no excluye la paz. También ella tiene sus momentos pacíficos. En realidad, satisface todas las necesidades del hombre, inclusive la necesidades pacíficas. Así son las cosas, ya que de otro modo la guerra no sería viable» [Brecht, 2001: 7]. A mi entender, el resultado es el desarrollo intensivo de un tecno-icónico-fágico “divide y

vencerás”, apoyado en el nuevo principio *info-despótico* del: “es necesario destruir la Democracia para salvar la democracia”.

Como afirma Ricardo Viscardi, «la guerra ya no es lo que era» [Viscardi, 2005: 27]. En efecto, la *Guerra Total* es, ante todo, una guerra (in)-mediatizada por los propios Medios como único escenario posible de su representación trivializadora. «Entre las presencias –cito de nuevo a Viscardi– media ahora la acción por decisión (telemática), por consiguiente, la autoconservación de un organismo con base en la relación de presencia claudica ante la intervención de una “distancia en la distancia”» [Viscardi, 2005: 28]. Se trata de esa *guerra multipanóptica* que hace del mundo ese “territorio comanche” en el que, a pesar de no ver a nadie, te consta que siempre alguien te está viendo, en el que no ves los fusiles, pero los fusiles siempre te miran a ti [Pérez Reverte, 2001].

Pero en esa guerra telemática, también hay sufrimiento real. En esas nuevas “guerras instantáneas” [Castells, 1997], caen “los muertos de nuestra felicidad”, como cantara Silvio Rodríguez. Se trata de los muertos “reales” de nuestra voraz opulencia consumista. Por eso estimo que, desde el soporte *simulador* de los Medios, esta nueva *Sociología (postmoderna) del Miedo*, que propongo en estas páginas en sus directrices principales, necesite de una fuerte toma de conciencia crítica de la correlación sistémica entre la ética utilitarista-individualista-consumista y el horror a la(s) diferencia(s).

Primero, hemos de analizar el “acoplamiento estructural” entre la dinámica mediática y el ejercicio de nuestro *Capitalismo Postdemocrático* en la inversión de la correlación tradicional entre a) necesidades primarias, b) demanda, c) producción y d) consumo a favor de un nuevo ciclo de a) capacidad ilimitada de producción, b) creación artificial de las necesidades y c) consumismo superfluo masivo de necesidades secundarias, incluyendo el *espectáculo* cautivador de la muerte del “otro”.

Segundo, no podemos olvidar la referencia esencial del consumismo en la construcción de una identidad primaria basada en las distinciones entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, y lo bello y lo feo, generadas por los mecanismos (de condensación, desplazamiento y figurabilidad) operadas en la Ilusión Publicitaria.

Ello, tercero, atiende a la correspondencia entre los binomios propiedad-vida (autoestima) y consumismo-vida. El consumismo apela directamente a la lucha contra la muerte y al efecto (consolador) de plenitud vital que opone la vida a la muerte; la abundancia a la penuria; y el lleno al vacío [Sanagustín, 1991]. Por consiguiente, es el criterio fundamental de diferenciación, integración y exclusión social de acuerdo con la capacidad adquisitiva y las orientaciones de los gustos consumistas: reafirmación de un nosotros en el rechazo de los “otros”; aspecto que lo entronca con el Miedo como *contra-experiencia* complementaria sin la que es posible, de forma recursiva, la anterior.

## 5. EL MIEDO Y LA NUEVA AGENDA SOCIOLÓGICA

En síntesis, en mi opinión, la agenda investigadora (crítico-deconstructiva) de esta nueva *sociología del miedo* podría estar integrada por lo siguientes aspectos:

1. La generalización transterritorial de un “multiculturalismo” segregacionista de red, recreado en el juego heterogéneo, múltiple, flexible y cambiante de continuos “emplazamientos”, “desplazamientos” y “reemplazamientos” de nuevas barreras (simbólicas y materiales) de exclusión y separación.
2. Una “estrategia global de inclusión diferencial”, en forma de doble mecanismo antro-po-fágico-émico –de absorción y rechazo variable–, coherente con los intereses del Capital Global.
3. La implantación dinámica de un gran “dispositivo autopoietico” basado en la creación dinámica del (Des)-Orden” a partir del caos” y la “desviación” desde los que se alimenta aquél.
4. La identificación de dicho mecanismo autorregulador con una “estructura disipativa social-global”, enfocada hacia el predominio de una lógica combinatoria constituida por una especie de “atractor fijo” operante en la combinación sinérgica de la *Comunicación*, el *Consumo*, y el *Miedo*.
5. La interacción asimétrica y diferencial entre dos modelos de violencia identificados, respectivamente, con la dialéctica global-local (“relato épico” del *globalismo tecnocrático*), y el “relato melodramático” de los afectados por sus consecuencias negativas. En primer lugar, la *violencia de los excluidos*, de carácter reactivo, orientada a la eliminación real del “enemigo excluyente”. Su objetivo primordial es la recuperación de una “territorialidad” física y simbólica amenazada por los procesos globalizadores. Su síntoma principal, el desarrollo de esas “identidades asesinas” [Maalouf, 2002] que manifiestan la “exclusión de los excluyentes por los excluidos [Castells, 1998]. Y, en segundo lugar, la *violencia de los excluyentes*. Esta posee un carácter funcional-estratégico encaminado hacia la ya sugerida creación, reproducción y conservación del “enemigo” como triple instrumento de legitimación post-política, control social y negocio tecnocrático.

Todo, repito, actuando en la población mundial mediante la producción de sentimiento autoinculpatorios, que incluye la satanización de los movimientos pacifistas, contrarios a esa política del miedo y de la “guerra perpetua”. Y buscando un consenso necesitado siempre de la elaboración *visibilizadora* del enemigo invisible, que va más allá del mero “choque (esencialmente irreconciliable) de civilizaciones” entre Occidente y el Islam [Huntington, 1997]. Una visibilización re-encarnadora de ese nuevo chivo expiatorio, individual o colectivo, de ese nuevo “Hitler”, hacia el que volcar las pulsiones violentas incitadas por los Medios Globales [Aguilar y Zeller, 1991].

En esas condiciones, «la guerra siempre se las arregla para salir al paso. ¿Por qué va a terminar, entonces?...», se pregunta Bertolt Brecht [2001: 7], en congruencia con la perspectiva orwelliana de ese evocado “1984” donde el ejercicio de la

guerra no responde a la búsqueda de su siempre posible resolución, sino a su eterna e indefinida continuación (des)-emplazada. Por eso, en este enfrentamiento tan poco localizable, hay que acudir siempre a encarnaciones simuladoras que hagan creíble la propia “existencia” del enemigo. Por eso, como indicaba Baudrillard antes de intensificarse la nueva campaña de invasión sistemática del indefenso pueblo iraquí, y dentro de lo que considero una perversa estrategia de *caos programado*, «se hace necesario salvar la idea de guerra mediante montajes escenográficos espectaculars, como el del Golfo y actualmente el de Afganistán [Baudrillard, 2005].

En definitiva, el tema de la nueva *Cultura (global) del Miedo*, y de las políticas y “regímenes de verdad” que conlleva, puede ser un punto esencial de referencia en el desenvolvimiento de una teoría transdisciplinar (de resistencia), que sobrepase los límites del pensamiento jerárquico moderno, y los anarquismos epistemológicos mal entendidos a los que nos aboca el *Capitalismo Postdemocrático*. Podría ser un nuevo modo de comprensión “explicativa” de las incitaciones más urgentes de nuestro presente contingente. En definitiva, cabría ser el punto de “cambio de paradigma” hacia un nuevo pensamiento transcultural (y hermenéutico), cuya fortaleza resida, precisamente, no en la construcción negativa (y autodestructiva) del sí-mismo en oposición a los espejos deformantes del “Otro” y lo “Otro”, sino en ese estar siempre presente en el *diálogo* [Gadamer, 1997]. Ese diálogo en el que, como ansiaba Ana Frank, en una de sus amargas cartas a su querida Kitty, algún día podamos volver «a ser personas y no solamente judíos» [Frank, 2001: 41]; añadamos, árabes, musulmanes, negros, mujeres, homosexuales, o cualquier otro tipo de “apestado” (anti)-social. Ese diálogo donde sepamos *responder* a partir de la *escucha*; a partir de ese dejar ser a los demás que nos recuerda nuestra propia *extranjería y pluralidad* constituyentes; a partir de la apertura a esas “otredades” desde las que escapar de nuestros *ego-etno-centrismos* paralizantes, de nuestras opresivas “conductas seriales”, las cuales están convirtiendo nuestro mundo en un genocida “Treblinka Autopoiético”, en un liberticida “Guantánamo Global”, autorregulado en la presunta necesidad metafísica del Enemigo.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Salvador y Zeller, Carlos (1991). “Los expertos entran en escena: tecnologías mediáticas para situaciones de crisis”, en Manuel Vázquez Montalbán, Salvador Aguilar, Luis Alberto Chillón Asensio, y otros, *Las mentiras de una guerra (Desinformación y censura en el conflicto del Golfo)*, pp. 67-94.
- BAUDRILLARD, Jean (1984). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- BAUDRILLARD, Jean (2001). *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona: Anagrama.
- BAUDRILLARD, Jean (2005). “El Terrorismo”, HENCICLOPEDIA [en línea]. Disponible en Internet (26/09/2005): <http://www.Enciclopedia.org.uy/autores/Baudrillard/TraducBaudrillard.htm>.
- BECK, Ulrich (2000). *La democracia y sus enemigos*. Textos escogidos. Barcelona: Paidós.

- BECK, Ulrich (2001). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BOUTELDA, Achour (2005). “Liberté, égalité...Toque de queda”, *Rebelión. UE: Democracia o plutocracia. Arde Francia* [en línea]. Disponible en Internet (19-11-2005): [http://: www.rebelion.org](http://www.rebelion.org).
- BRECHT, Bertolt (2001). “Madre Coraje y sus hijos”, en María Fernanda Maquieira (ed.), *Escritos de Guerra*. Buenos Aires: Alfaguara, p. 7.
- CASTELLS, Manuel (1997). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I. La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS, Manuel (1998). *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol. II. El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- CHACÓN, Pablo E. (2004). *Historia Universal del Insomnio. Tiempo y miedo en Occidente*. Buenos Aires: Ediciones B.
- CHILLÓN, Luis Alberto y GÓMEZ MOMPART, José Luis (1991). “El frente comunicativo. Los medios de comunicación continuaron la guerra por otros medios”, en Manuel Vázquez Montalbán, Salvador Aguilar, Luis Alberto Chillón Asensio, y otros, *Las mentiras de una guerra (Desinformación y censura en el conflicto del Golfo)*, pp. 17- 32.
- CHOMSKY, Noam (1992). *El miedo a la democracia*. Barcelona: Crítica.
- CHOMSKY, Noam (1996). *Cómo se reparte la tarta*. Barcelona: Icaria.
- CLEMONS, Steven C. (2002). “La ceguera del Imperio”, en AA. VV., *El nuevo rostro del mundo. El planeta después del 11 de septiembre de 2001. Selección de artículos de Le Monde diplomatique*. Santiago de Chile: Aún Creemos en los Sueños, pp. 19-28.
- DEBORD, Guy (2002). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.
- DUCLOS, Denis (2005). “Las industrias del miedo”, *Le Monde diplomatique*. Edición española, nº 118, agosto de 2005, pp. 18-19.
- DURAND, Gilbert (2005). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- ECHEVARRÍA, Ignacio (2002). “El odio: una pasión moderna”, en Carlos Castilla del Pino (ed.), *El odio*. Barcelona: Tusquets, pp. 81-98.
- FALK, Richard (2003). “Esquivando el derecho internacional”, Víctor Hugo de la Fuente (dir.), *Una guerra para la dominación. El Imperio contra Irak. Selección de artículos publicados en Le Monde Diplomatique* (cinco inéditos en Chile). Santiago de Chile: Editorial Aún Creemos en los Sueños, pp. 31-36.
- FONTANA, Josep (2000). *Europa ante el espejo*. Barcelona: Crítica.
- FOUCAULT, Michel (1992). *Microfísica del Poder*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- FOUCAULT, Michel (1999). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquest.
- FRANK, Ana (2001). “Diario de Ana Frank”, en María Fernanda Maquieira (ed.), *Escritos de Guerra*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 39-43.
- FUKUYAMA, Francis (1990). “¿El fin de la historia?”, *Claves de Razón Práctica*, nº 1, pp. 85-96.
- GADAMER Hans-Georg (1997). “La diversidad de las lenguas y la comprensión del mundo”, en Reinhart Koselleck y Hans-George Gadamer, *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 107-125.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2005). *Imperio [pdf]* Traducción: Eduardo Sadler de la edición de Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2000 [en

- línea] Chile Vive. Una página abierta a las utopías... Disponible en Internet (07-11-2005): <http://www.chilevive.cl>.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- LLEDÓ, Emilio (2005). “‘Aterrorismar’”, *El País*. Opinión, 6 de septiembre de 2005: pp. 15-16
- LUHMANN, Niklas (1995). *Poder*. Barcelona: Anthropos.
- MAALOUF, Amin (2002). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.
- PÉREZ REVERTE, Arturo (2001). *Territorio Comanche*. Madrid: Alfaguara.
- SÁDABA, Javier (1984). “El doblepensar”, en Carlos García Gual y Ramón García Cotarelo (eds.), *Orwell: 1984. Reflexiones desde 1984*. Madrid: Espasa-Calpe/UNED, pp. 289-304.
- RAMONET, Ignacio (2003). “La era de la guerra perpetua”, *Le Monde Diplomatique*. Edición española, nº 89, marzo de 2003, pp. 1 y 25.
- SCHMITT, Carl (2002). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- SILVA, Víctor (2005). “Prólogo. En su nombre: comunicación y máquina de guerra”, en Ricardo Viscardi, *Guerra en su nombre. Los medios de la guerra en la guerra de los medios*. Sevilla: Arcibel, pp. 7-16.
- URIBE, Armando (2002). *Carta abierta a Agustín Edwards*. Santiago de Chile: LOM.
- VAN DIJK, Teun A. (2003). *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Gedisa.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (1991). “Prólogo. Entre el silencio y la no verdad”, en Manuel Vázquez Montalbán, Salvador Aguilar, Luis Alberto Chillón Asensio, y otros, *Las mentiras de una guerra (Desinformación y censura en el conflicto del Golfo)*, pp. 7-13.
- VIDAL, Rafael (2005). *Capitalismo (Disciplinario) de Redes y Cultura (Global) del Miedo*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- VISCARDI, Ricardo (2005). *Guerra, en su nombre. Los medios de la guerra en la guerra de los medios*. Sevilla: Arcibel.

---

1 Primer premio del Primer Concurso Nacional de Ensayo Sobre Imaginarios Sociales 2005 [“Universidad de Concepción (Chile)”]; “Grupo Compostela de Estudios sobre Imaginarios Sociales (GCEIS)”]; Centro Chileno de Estudios Fenomenológicos (CCHEF)”]